

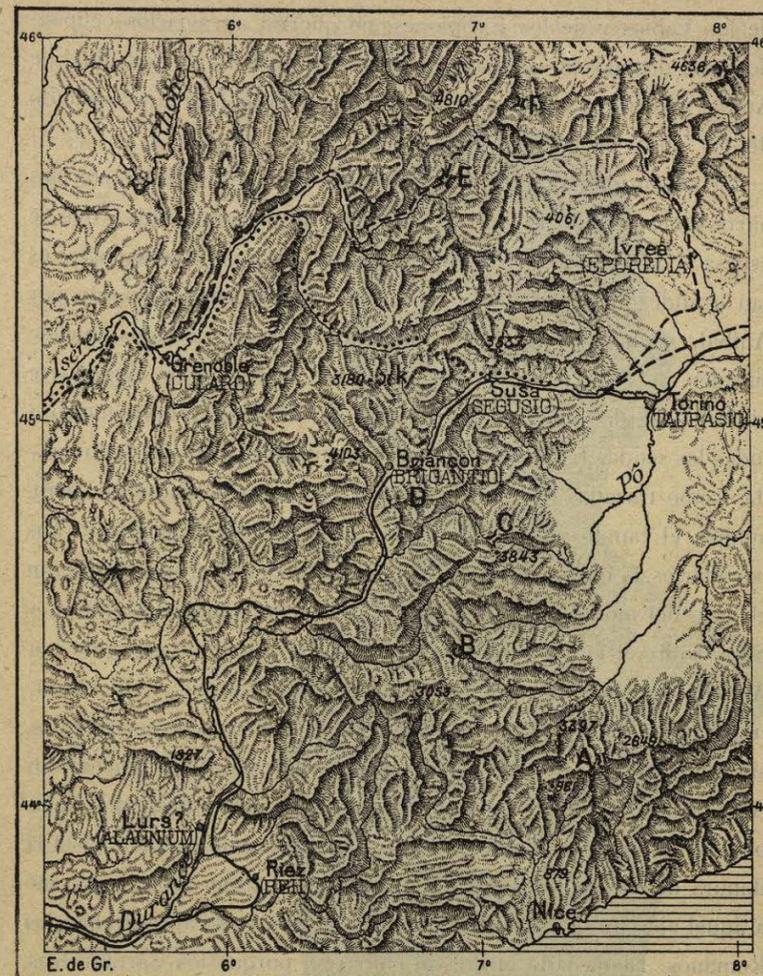
prosiguió la extensión de su territorio completando su dominación en la Italia del Norte, después más allá de los Alpes en la dirección del Ródano y de los Pirineos. Además, los tratados le dieron en España mismo una preciosa aliada, la fuerte Sagunto, que cerraba al sud del Ebro el camino del litoral.

Hijo de Amílcar Barca, Aníbal, nombrado jefe del ejército cartaginés en la península hispánica, no quiso resignarse a sufrir esa espina en su carne. Tomó Sagunto, incurriendo en el doble riesgo de una desaprobación de sus conciudadanos púnicos y de una declaración de guerra por parte de los Romanos; después, cuando el conflicto estalló realmente, no esperó al enemigo. Y, no obstante, no tenía flota: resolvió lanzarse a través de las regiones todavía inexploradas del Norte, franquear los Pirineos y los Alpes e ir a las llanuras del Po, a dar la mano a los Galos que aun temblaban recordando con amargura las últimas batallas de su guerra de independencia. Con una audacia y una presciencia que causaron la admiración de los pueblos, y que hacen todavía de su maravillosa campaña un acontecimiento casi incomparable en la historia de las guerras, Aníbal realizó su marcha casi en secreto; atravesó Cataluña y la Galia narbonense sin oposición seria, aunque se le presentaron algunas dificultades en el paso del Ródano. Los Romanos, no obstante, acampados en la Provenza, no pudieron hacer la menor tentativa para detenerle en su camino ni para atacarle de flanco en sus rodeos hacia el Norte y los altos valles de los montes.

Sólo de una manera muy vaga nos dice la historia escrita cómo franqueó Aníbal los Alpes; pero poseemos la relación de un autor¹ que visitó concienzudamente los pasos de esos montes para seguir el itinerario del gran capitán y referir la expedición según los testigos oculares. En aquella época, sólo había transcurrido medio siglo desde los acontecimientos que refería, y el historiador pudo ciertamente encontrar muchos ancianos que le informaran sobre los detalles topográficos precisos del camino recorrido. Sin embargo, Polibio, a quien no interesaba la geografía de los Alpes, y a quien la falta de grandes ciudades, de lugares de abastecimiento y de campos de

¹ Polibio, III, 49,6 a 56,4.

N.º 193. Itinerario de Aníbal a través de los Alpes



1: 2 000 000

0 50 100 150 Kil.

Itinerario de Aníbal: según Montanari (1900).— línea llena, garganta del Monte Genevre.— según Paul Azan (1902).— línea puntillada, garganta del Pequeño Mont-Celis.— según Konrad Lehmann (1905).— línea discontinua, Pequeño San Bernardo.

Las letras marcadas en el mapa indican los mismos pasos que los indicados en el mapa número 196, página 477, pero la letra K debería hallarse en la línea puntillada.

batalla autorizaba a no localizar las etapas de la región, se limita a hablar de la travesía de las montañas de una manera muy general y hasta quizá con la preocupación de disminuir el mérito del gene-

ral cartaginés desde el punto de vista estratégico: siendo muy amigo de los Fabios y de los Escipiones, no querría agraviarlos ocupándose con demasiada extensión de su ilustre rival. La derrota final de Aníbal autorizaba al narrador hasta el empleo de la ironía hablando de los altos hechos del Cartaginés.

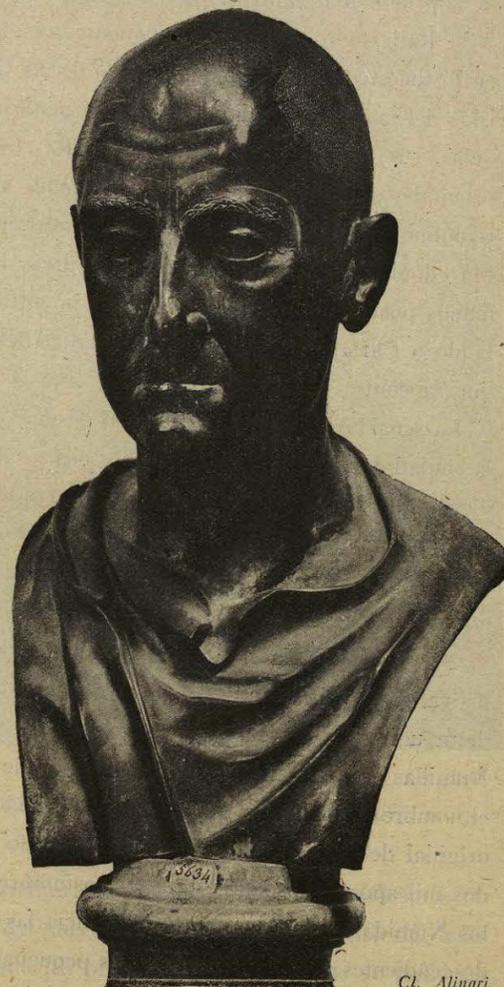
La obscuridad del texto de Polibio, que no se disipa con las narraciones de Tito Livio, con cien años de posterioridad, y que se espesa todavía más con las memorias de los mil comentadores, es tan grande que, para designar el paso de los Alpes escogido por Aníbal, se ha podido dudar entre los diversos collados que se suceden de Sud a Norte, luego al Este, desde el de Argentiére al San Gotardo, sobre un desarrollo total de unos 400 kilómetros: todas las sendas frecuentadas por los montañeses han sido enumeradas como trazadas o ensanchadas por el famoso Cartaginés; pero, aunque el camino que remonta a lo largo del Isere tenga muchos partidarios, la mayor parte de los historiadores modernos consideran el paso del monte Genevre, entre el Briançon, sobre el Duranza, y Suza, sobre el Doria Riparia, como el lugar de escalo escogido por Aníbal siguiendo el consejo de sus guías alóbrogos¹. Allí encontraría indudablemente menos dificultades; debieron de ser grandes, sin embargo, puesto que en el tiempo empleado en franquear los Alpes perdió la mitad de su ejército. Algunos elefantes, unos hombres de tez bronceada, hasta negros, que habían descendido hasta la llanura del Po como caídos de las nubes, daban un aspecto extraño a aquel ejército de extranjeros, a cuyo encuentro se apresuraban los Romanos. Demasiado tarde, sin embargo, porque los Cartagineses, unidos a los Galos insurrectos, rechazaron sucesivamente del otro lado del Po y de los Apeninos a los dos ejércitos consulares que primeramente se había enviado contra ellos en una dirección muy diferente, uno a Sicilia y otro a España. ¡Extraordinario cambio de frente que hubieran debido operar repentinamente todas las fuerzas de Roma!

Pero Roma no debía sucumbir. Por gran capitán que fuese Aníbal; por prodigiosamente hábil que hubiera sido para aprovecharse de las ventajas que le presentaron el campo de batalla, las

¹ Ernest Desjardins, *Géographie de la Gaule romaine*, II y III, ps. 259 y 268.

condiciones del medio y el estado moral de las tropas, no dejaba de ser un extranjero, dueño solamente del terreno donde acampaba. Para luchar victoriosamente contra Roma, que rodeaban aliados y

que conservaba sus libres comunicaciones marítimas, hubiera debido apoyarse sobre pueblos amigos y no perder el contacto con la madre patria. Pero los Galos sólo le ayudaron a medias, el rey de Macedonia no fué más que un aliado incierto, y aunque hubiera logrado, por un rodeo al este de los Apeninos, acantonarse en la Italia meridional, en la proximidad de Libia, no hubiera podido recibir de Cartago sino socorros muy irregulares en hombres y en dinero, porque el mar no le pertenecía. Sin embargo, hubiera podido mantenerse durante quince años sobre el territo-



ESCIPIÓN EL AFRICANO

Museo de Nápoles.

Cl. Alinari.

rio del enemigo, desplazando su reino con su ejército. Los Romanos, a su vez, siguieron su ejemplo llevando la guerra fuera de Italia, a Sicilia, a España, y después, con Escipión, hasta delante de Cartago. He ahí cómo el genio personal de Aníbal no pudo nada contra

un hecho geográfico, la posición dominante de Roma comparada con la de Cartago, árbol de poderoso ramaje pero de raíces débiles.

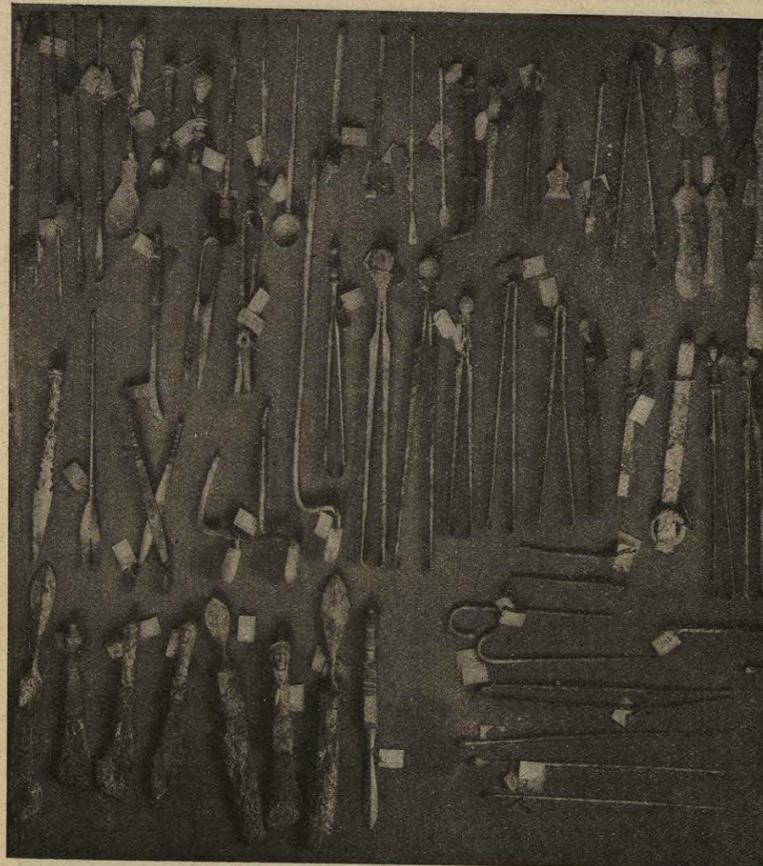
Forjada de nuevo por la terrible guerra, la potencia romana salió de la prueba más sólida y más extensa que en el período precedente. A la Italia toda entera, absolutamente sometida, el imperio añadía en lo sucesivo el litoral mediterráneo de las Galias, las tres grandes islas del mar Tirreno, las Baleares, la península Ibérica, sus ciudades, sus puertos y sus minas de plata. De rechazo, los aliados orientales de Aníbal habían sido igualmente arrastrados como en un remolino por la fuerza de atracción de la gran ciudad conquistadora. Macedonia y Grecia se hicieron una presa fácil; los ejércitos romanos penetraron en el Asia Menor, mientras que en Africa, vigilando a Cartago, esperaban una señal para comenzar de nuevo la guerra contra la ciudad púnica.

La señal la dió Roma medio siglo después de la derrota de Aníbal, la ciudad donde se contaban muchos cientos de miles de habitantes: dicese que llegaban a 700.000, que vivían del comercio y la industria, fué tomada y entregada a las llamas, para no renacer jamás como capital de imperio, y los vencedores cuidaron de que sus aliados africanos no sucediesen a Cartago en la dominación del territorio de Libia.

Por lo demás, la raza berebere estaba demasiado esparcida en los valles y en la cima de las montañas de Mauritania para que pudiera unirse en un cuerpo de nación con una sola voluntad. Los Numidas eran los antepasados de los que llevan hoy en Mauritania el nombre de Kabilas y que son, después de los Tuaregs, el tipo más original de la raza. No habiendo cambiado el medio durante esos dos mil años, es probable que las costumbres y la vida política de los Numidas fueran con corta diferencia las mismas que las de sus descendientes: se dividían en tantas pequeñas repúblicas autónomas como poblaciones había, pero se unían individualmente en grandes partidos, análogos a los *Çof* que existen en nuestros días. «Es posible, dice Renan, que hayan de ser considerados los Masinisa, los Syphax y los Yugurta como jefes de *Çof* unidos alternativamente a la fortuna de los Romanos o de los Cartagineses»¹.

Sin embargo, esa raza incierta y movediza, que los pueblos civi-

¹ *Mélanges d'Histoire et de Voyages*, p. 345.



Cl. Alinari.

INSTRUMENTOS DE CIRUGÍA HALLADOS EN POMPEYA

Museo de Nápoles.

lizados del norte del Mediterráneo despreciaban como bárbara, no dejó de alcanzar un rango muy elevado en la antigua historia de la cultura, puesto que desde las primeras edades en que se halló en contacto con los Cartagineses, poseía ya un sistema de escritura propia que no parece haber servido a otras naciones¹, y se encuentra solamente en las costas mauritanias y en el Sahara: la inscripción berebere más antigua que se haya encontrado es la de Tugga, en Túnez, donde está asociada a un texto púnico.

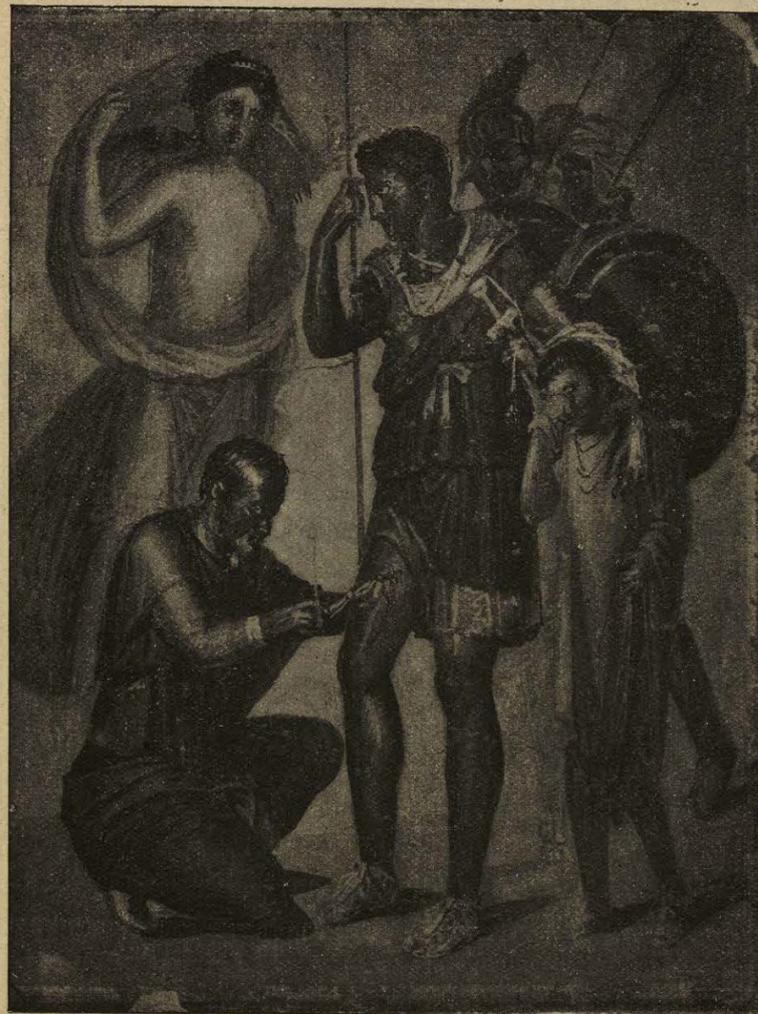
Después del desenlace del conflicto que aseguraba para lo suce-

¹ A. Hanoteau y A. Letourneux, *La Kabylie et les Coutumes kabyles*.

sivo la dominación absoluta de Roma sobre toda la cuenca del mar Interior, parecía cerrado definitivamente un período de la historia: todo el mundo conocido pertenecía a la triunfante república romana. Fuera del territorio conquistado, se entraba en seguida en las regiones misteriosas habitadas por los bárbaros o por unos pueblos del Oriente que los Romanos conocían únicamente por mediación de los Griegos. Podían decirse ya los «Dueños del Mundo». En esta situación extraordinaria de eminencia política, Roma, cuya fuerza de expansión se encontraba, por decirlo así, casi paralizada por falta de territorio que conquistar, había de limitarse, respecto del exterior, a la defensiva contra las invasiones posibles de los bárbaros, y a aplicar casi todas sus fuerzas a resolver las dificultades interiores: un trabajo de digestión iba a suceder al enorme acrecentamiento que acababa de adquirir el organismo romano.

Las continuas guerras de que Roma había salido victoriosa, habían fortificado el carácter esencialmente aristocrático de su gobierno, resultando que los legionarios habían en realidad ganado todas las victorias contra su propia clase de proletarios y de pobres. Las conquistas romanas habían tenido además otro resultado: el de hacer converger grandes riquezas hacia la ciudad dominadora. Todo el dinero acumulado se hizo el objeto del respeto universal, y los patricios, que contaban a su clase a casi todos los enriquecidos, añadieron al prestigio de su nacimiento el que da la posesión de los tesoros. Hasta los plebeyos que pedían tierras no pensaban en pedir la repartición de las propiedades ya caídas en manos de los ricos; se limitaban a querer su parte de las tierras públicas.

Así resultaba que todos los poderes pertenecían a la misma clase. Sólo los ricos eran magistrados, porque eran los únicos que podían comprar los cargos; ellos solos eran senadores, porque el censo, que permitía obtener esta función, necesitaba la opulencia del candidato. Nada da idea más clara de esa oligarquía que el simple hecho citado por Duruy: desde el año de Roma 453 al año 603, se nombraron trescientos cinco cónsules, ¡nueve familias suministraron por sí solas ciento setenta y cinco de esos magistrados! El poder pertenecía, pues, a la fortuna, si no siempre en los negocios interiores, porque había a veces que temer insurrecciones populares, a lo menos en



Cl. Brogi.

CIRUJANO CURANDO A ENEAS HERIDO
(Pintura mural de Pompeya)

todas las cosas de la política exterior. En esta parte, el Senado era dueño absoluto. El recibía los embajadores, concluía las alianzas, distribuía las provincias, repartía las legiones, ratificaba los actos de los generales, determinaba las condiciones impuestas a los vencidos. Tenía en mano el ejercicio de todos los poderes que en las ciudades